

ENTREVISTA a Charles Powell, historiador

“Entre don Juan Carlos y don Juan hubo una ruptura política total por la sucesión”

FERNANDO GARCÍA
Santander

Charles Powell, hispanista y doctor en Historia Contemporánea por la Universidad de Oxford, acaba de publicar “Juan Carlos, un rey para la democracia” (Ariel-Planeta), continuación y ampliación de “El piloto del cambio” (Planeta, 1991), que ganó el premio Espejo.

—¿Qué puede contarse del Rey que no se haya contado ya?

—Esta vez he profundizado en la etapa anterior a su nombramiento como sucesor de Franco en 1969. Todas las lecturas y las investigaciones que he hecho me han confirmado la tesis de que, contra lo que se ha dicho, hubo una ruptura política entre padre e hijo prácticamente total. La idea de una estrategia bifronte en la que uno se hacía el demócrata y otro el autoritario, y a ver quién llegaba antes a la monarquía porque lo importante es la dinastía, no existió. Tampoco existió lo que Areilza llamó en su día el “pacto de familia”. En el fondo es más sencillo. Una vez que comenzó a adquirir cierta sensibilidad política, don Juan Carlos se dio cuenta enseguida de que su padre nunca iba a ser rey. Lo supo porque en las academias militares, donde él estudiaba entonces, don Juan estaba considerado como un traidor y un vendepatrias desde que sus partidarios defendieron la entrega de una base naval a los ingleses cuando los aliados parecían a punto de invadir España. Además, mientras el Príncipe percibía muy directamente el gran cambio socioeconómico de los sesenta, su padre seguía anclado en los estereotipos del franquismo más autoritario de la primera hora. A mitad de la década empezaron a surgir conflictos entre ambos por sus dispares visiones de la situación. Don Juan Carlos comenzó a rechazar la autoridad política de su padre.

—¿Dónde está la clave?

—En una reunión en 1966, cuando el Príncipe se niega a un acto de afir-



mación juanista en Estoril. Don Juan, muy afectado, reunió a su consejo y dijo: “A partir de hoy mi hijo ya no está bajo mi autoridad”. El conflicto se fue agravando entre 1966 y 1969, años en los que don Juan Carlos intentó convencer a su padre de que se fuera haciendo a la idea de que Franco estaba a punto de nombrarle sucesor. El Príncipe quería establecer un acuerdo para que, al llegar el momento de la sucesión, don Juan no desbaratara la operación. Lo que quería era tener a su padre controlado.

—¿Qué pruebas o indicios tiene?

—Don Juan Carlos conoció a Torcuato Fernández-Miranda, que se convertiría en su brazo derecho, en 1960. Pues bien: a pesar de la estrecha relación que mantuvo con él, no se lo presentó a su padre hasta 1977, en la ceremonia de renuncia de éste. Para mí, el que en esos 17 años el hijo no encontrara momento para presentar a su padre a quien era su más directo colaborador demuestra que los proyectos políticos de uno y

otro eran divergentes. Naturalmente, todo ello está matizado por el amor filial, por la intervención de la madre para evitar la ruptura personal y por otros intermediarios que procuraron que el conflicto no se hiciera explícito. De hecho —y aquí hay otro indicio—, nunca se ha hecho pública una carta de don Juan Carlos a su padre en 1968 en la que le dice más o menos: “Esto (su nombramiento como sucesor) es lo que va a pasar y yo lo tengo que asumir”. Don Juan no hizo público ni reveló a sus consejeros el contenido de esta carta, que respondía a otra suya en la que recordaba al Príncipe la existencia de un principio sucesorio que no se podían saltar a la torera. Sobre este asunto, el Rey dio a Vilallonga una versión edulcorada porque, lógicamente, quería minimizar los roces con su padre: le contó que, cuando fue a Estoril en junio de 1969, no sabía nada sobre la sucesión, aunque Franco le había pedido que fue-

ra a verle en cuanto regresara porque tenía algo muy importante que decirle. Pero don Juan Carlos ya sabía lo que iba a pasar —que Franco le haría rey— porque López Rodó se lo había adelantado. Incluso hasta aquella entrevista en Estoril don Juan se había resistido a aceptar que Franco iba a nombrar sucesor a su hijo. Nunca, hasta esa fecha, don Juan había roto con el franquismo, sino que había esperado que Franco le llamara a él.

—En la transición el Rey fue “el piloto del cambio”, ¿ahora?

—El Rey contribuyó a la transición, a la consolidación de la democracia, a la normalización de relaciones entre civiles y militares y a la integración de todas las fuerzas hasta que el PSOE ganó en 1982. Porque la derecha había aceptado la Constitución del 78 a regañadientes y la izquierda había hecho en ella grandes concesiones para que fuera consensuable. Yo creo que al Rey le gustó la primera etapa socialista porque la estabilidad proporcionada por las mayorías absolutas le supuso un respiro y porque marcó la definitiva aceptación de la monarquía por la izquierda. A partir de ese momento se convierte en árbitro y moderador del sistema. En la práctica eso significa integración territorial de un Estado semifederal e integrar, también, a todo el que se sienta excluido en cada momento. ●